

Martirio

Fyodor Dostoievski fue un cristiano inusual. Además de los rumores calumniosos sobre él por parte de rivales y detractores, sus verdaderos pecados fueron muchos y graves, pero también lo fueron su remordimiento y arrepentimiento, que fueron profundos y sinceros. Progresó espiritualmente, luchando con sus pecados. Parte de su éxito provino de resolver sus problemas a través de los personajes de sus novelas. Debido a su inusual experiencia personal, se sintió atraído por explorar algunos de los rincones más oscuros del alma humana. Uno de los rincones que le fascinaba, era el deseo de superar las leyes, las del hombre y las naturales. Uno de sus personajes era un don nadie llorón que, en su engreimiento, creía que sería alguien al cometer un crimen y salirse con la suya. Esto significaría que estaba por encima y más allá de la ley. Él estropea un delito menor y se convierte en un asesinato de doble hacha. En su castigo se arrepiente, se convierte en un verdadero cristiano y acepta su humanidad, con la ayuda de un amigo amoroso. Otro personaje, Kirillov, en otra novela, cree que el suicidio es una prueba de la trascendencia última de la condición humana, porque en el suicidio se supera la ley natural más básica de la autoconservación. Kirillov planea hacerlo, pero no se suicida, porque su esposa tiene un bebé y él ve el milagro de una nueva vida; dos vidas donde antes sólo había una, Él siente la vida como un continuo, más allá de la mera existencia biológica. A pesar de la resolución de Kirillov en la novela, sus argumentos han sido objeto de estudio para quienes intentan resolver el problema general del suicidio desde varios puntos de vista.

El argumento de Kirillov es similar al argumento del martirio. En el martirio se sacrifica la vida por algo más allá de la mera condición mortal. Una pregunta en esto, es si el martirio es un suicidio.

Es casi seguro que habrá algunos que se ofenderán por la asociación del martirio con el suicidio. Sus puntos de vista deben ser considerados, aunque sea mínimamente.

En Occidente, el martirio comenzó con la persecución de los primeros cristianos por parte de los romanos. Los romanos consideraban a los primeros cristianos, con su humildad, un insulto a su religión, que enorgullecía a sus adeptos, a tal grado, que el suicidio era más noble que vivir en la humildad. Ironía. Durante las persecuciones, a los cristianos se les dio la opción de retractarse o morir. Más ironía. En ese tiempo la palabra mártir significaba “dar testimonio” o “mantener la fe”. Así, un mártir era alguien que se aferraba a una creencia, bajo amenaza de muerte.

En los tiempos modernos, un mártir es alguien que sacrifica la vida por una causa, con o sin una amenaza personal inmediata a la vida. Los pilotos kamikaze y los terroristas suicidas musulmanes son mártires, según esta definición. En el uso actual, un mártir se define más vagamente como alguien que voluntariamente sufre o se sacrifica, al extremo, por una causa. Para los propósitos de este ensayo, un mártir es cualquiera que sacrifica su vida por una causa. La intención de este ensayo es discutir el martirio en el contexto de la cultura contemporánea y el cristianismo.

Parece que prevalece la creencia, especialmente entre los cristianos, de que la muerte sacrificial fortalece a una causa. Para este escritor, esta creencia es cuestionable. No es el sacrificio lo que cuestiona, es la muerte. No hay duda de que el sacrificio es inspirador, ciertamente lo es. La muerte acentúa la sinceridad de la intención, pero ¿la muerte en sí misma fortalece la causa?

Los seguidores de esta creencia generalmente apuntan a la muerte sacrificial del cuerpo de Jesús. Los evangelios hablan de profecías que anuncian la muerte del mesías. En numerosas ocasiones, el mismo Cristo-Jesús alude a la necesidad de su muerte. ¿Cuántas veces en la vida hemos escuchado las palabras “Cristo murió por tus pecados”? La realidad es que Cristo vive por nuestros pecados. La necesidad de la muerte de Cristo-Jesús, era más de nosotros que de Cristo. Es cierto que Cristo aprendió, de primera mano, el temor que los humanos tienen a la muerte, al sufrir la crucifixión, y por lo tanto puede ministrar a nuestros temores por experiencia, pero eso es solo una pequeña parte del asunto. Seguramente desde la posición ventajosa del más alto de los Arcángeles, su conciencia estaba mucho más allá del dolor personal durante el paso de un mundo a otro. Cristo sí sufrió en la cruz, pero el sufrimiento estuvo en darse cuenta de la magnitud del sacrificio que se estaba haciendo, no tanto el dolor. La crucifixión se trataba de aceptación. Cristo estaba aceptando la carga de nosotros y de la tierra. Cristo estaba tomando nuestro sufrimiento, que es enorme. La aceptación de Cristo fue con la comprensión de que somos mayormente ignorantes de las causas de nuestro sufrimiento. Hubo, y hay, aceptación de nuestra parte también. La definición más común de ser humano es: “ser humano es ser moral”. Nos definimos por la muerte. Esta autodefinición ha surgido desde la caída, que se trataba de la muerte y el miedo a la muerte. Cristo era un alien para nosotros, tanto como la muerte lo era para él. Al matar el cuerpo de Jesús, habitado por Cristo, aceptamos a Cristo como uno de nosotros. Al aceptar a Cristo, nos abrimos al potencial de la redención a través de la gracia. El don de la gracia de Cristo, es una cuestión de libertad. Se da en libertad, y sólo puede recibirse en libertad. En la crucifixión, aceptamos a Cristo como uno de nosotros y

lo recibimos en la tierra. La aceptación individual de Cristo, internamente, es un tema aparte. El sacrificio de Cristo tenía que ser un sacrificio de sangre por varias razones. La vida espiritual está en la sangre. Al donar sangre, uno está estableciendo el vínculo de la vida. Mefistófeles quería la firma de Fausto en sangre. En algunas sociedades, uno no puede unirse en amistad sin un intercambio de sangre. El sacrificio de Cristo, además de inmenso, fue también una necesidad práctica. El poder de la crucifixión estaba en Cristo, no en la muerte, que era una finalización, algo así como la firma de un testamento. La crucifixión y la obra de Cristo fue, y es, el mayor sacrificio conocido por nosotros. El poder atribuido a la muerte del cuerpo de Jesús está realmente en el sacrificio – la renuncia a algo por algo más grande. “Por eso me ama mi Padre, porque yo doy mi vida, para volverla a tomar.” “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré hacia mí”. Sabiendo esto, como aspirantes místicos cristianos que tratan de vivir la vida de Cristo en nosotros mismos, nos corresponde examinar más a fondo el poder del sacrificio, y el sacrificio cristiano en particular. Hacer esto ayuda a comprender el suicidio. El suicidio, que no es un sacrificio, es una realidad, a la que los aspirantes místicos deben enfrentarse, si quieren servir a todos los humanos. A este escritor le parece que a los aspirantes rosacruces no les ha ido bien con el problema del suicidio. El conocimiento de lo que sucede con los suicidas en la post mortem parece haber llevado a la complacencia en lugar de la compasión. Hemos dejado el asunto a las leyes de la naturaleza que operan en los mundos espirituales. Hemos prestado nuestra atención a las consecuencias, en lugar de a las causas, y lo hemos dejado así. Hemos mirado la negatividad de la muerte, y no la innegable positividad de la vida, como llegó a hacer Kirillov. En los casos en que tratamos de ayudar, a menudo asustamos a los suicidas con las consecuencias en la post mortem de los suicidios, en lugar de fortalecer la positividad de la vida innegable. Es grave cuando un individuo desvía la atención de su vida con el propósito de la preocupación por los problemas personales, hasta tal punto que la muerte parece una solución razonable a los problemas. Cuando las cosas han ido tan lejos, la corrección o la redirección de la atención no es simple ni fácil. Comprender la conciencia de un potencial suicida es a menudo molesto y difícil. Es digno de cualquier esfuerzo que se requiera. La parábola del buen Pastor es útil en tales casos. Puede que no haya mejor manera de hacer evolucionar nuestras mentes que encontrar una manera de ayudar a otra persona que se encuentra en este tipo de problemas. Se han escrito muchos libros sobre el tema del suicidio, algunas sobre las personas depresivas que han luchado con pensamientos suicidas la mayor parte de sus vidas. La mayoría de los libros son de lectura valiosa para los aspirantes espirituales.

La psicología del suicidio es un tema profundo y complicado. La mente suicida parece prosperar con las complicaciones; a menudo la complicación es parte del problema. Durante cincuenta años de asesoramiento informal, este escritor ha trabajado con personas suicidas en varias ocasiones, a veces con éxito, y a veces sin éxito. En las instancias fallidas, las intenciones de suicidio no fueron anunciadas antes del hecho. Ese solo hecho podría despertar el interés de aquellos fascinados por las causas invisibles; a saber, aspirantes místicos. La mayor parte de la carrera de este escritor en el asesoramiento ha pasado. Ha sido maravilloso, e insta a otros a seguir ese curso de servicio. Al hacerlo, uno puede aprender haciendo, y si uno ofrece sus servicios gratuitamente, vendrá abundante ayuda de los mundos superiores. Los aspirantes rosacruces tienen ventajas en este tipo de trabajo de servicio. Una ventaja es la astrología, que permite ofrecer una visión de la vida interior oculta, normalmente invisible, de los individuos. Otra ventaja es el amor y la positividad de Cristo, el señor de la vida. Juntos son un tándem que puede producir una buena tasa de éxito cuando se ayuda a personas con problemas.

Habiendo leído varios de estos ensayos, la mayoría de los lectores habrán notado que la mayoría de ellos son breves. Tampoco son exhaustivos, ni se acercan a la última palabra sobre ninguno de sus temas. Son invitaciones para los lectores a una vida de estudio y servicio, en varias direcciones. Max Heindel hizo tantas cosas tan bien que sus seguidores a menudo concluyen que dijo todo lo que había que decir. Una consecuencia de esto es que sus seguidores no han ido a la fuente del agua fresca y viva de la mística cristiana. Debido a esto, la expresión externa de la filosofía de *El Concepto Rosacruz del Cosmos* se ha quedado atrás junto con el libro. Pocas personas leen libros en estos días; menos aún leen libros de hace cien años. Es obvio para los aspirantes Rosacruces por experiencia, que los principios de *El Concepto Rosacruz del Cosmos* son verdaderos y aplicables a la vida contemporánea. También es obvio para aquellos que han tratado de compartir *El Concepto Rosacruz del Cosmos*, que su forma y algunas de sus referencias son arcaicas. La corrección de este lapso no necesita venir en forma de nuevos libros, aunque esa podría ser una vía. La vida creativa, porque es en vivo, es un camino mucho mejor. Como hijos del fuego, masones místicos, debe ser un desafío para nosotros poder expresar las verdades de la filosofía Rosacruz con nuestras propias palabras, o mejor, vivirlas en nuestras vidas y obras en el mundo, en formas nuevas y únicas. Si no podemos hacer esto, es probable que realmente no conozcamos la filosofía, sino solo creamos que la conocemos. Es peligroso hacer de una filosofía una cosa en sí misma, lo que la convierte en un mero artificio y la aísla de la corriente continua de la evolución. La función de la filosofía es señalar la realidad. Una filosofía tiene éxito en la

medida en que ayuda a ver y vivir mejor la realidad. Vivir en un mundo aparte del mundo mayor; un mundo de complicadas concepciones personales, un palacio de espejos, es a menudo la situación de un suicida. Un depresivo puede ver lo mal que está todo. La redirección de la atención a una realidad mayor y objetiva es parte de la curación de un posible suicidio. Amontonar un paradigma filosófico complicado, como la filosofía Rosacruz (amontonar a la Osa sobre Pelión) sobre un individuo así, no es probable que sea curativo. Encontrar la faceta apropiada de esa filosofía y ver creativamente cómo llevarla a un suicidio potencial, de una manera que se aplique a la vida, es mucho más probable que conduzca a la curación y la corrección. La vida, en el sentido más amplio de la palabra, es completamente positiva y auto-rejuvenecedora, como descubrió Kirillov.

Estas declaraciones sobre el suicidio son fieles a la experiencia de este escritor. También son escasos. Un estudio espiritual completo del suicidio, con o sin astrología, requeriría un libro completo, o tal vez varios. Este escritor está interesado en hacer eso, pero no tanto como lo está en el propósito de estos ensayos. Ese propósito es explorar temas en el cristianismo y el misticismo cristiano de una manera beneficiosa para los compañeros aspirantes. Juntos, al hacer esto, podemos enriquecer la aspiración espiritual y servir mejor. Con ese propósito en mente, el tema de este ensayo es un tipo específico de suicidio, el suicidio religioso, es decir, el martirio.

El martirio se trata de sacrificio. El sacrificio es renunciar a algo por el bien de otra cosa. El sacrificio no es necesariamente desinteresado y altruista. Un jugador de ajedrez puede sacrificar una pieza importante para obtener una mayor ventaja estratégica. Renunciar a un alimento favorito durante la Cuaresma bien podría ser renunciar a algo que debería haberse renunciado para una mejor salud, mucho antes de la Cuaresma. Si es un sacrificio del deseo de esa comida, puede que no sea un sacrificio en absoluto, sino un beneficio. Aunque sea un sacrificio del deseo, no es un verdadero sacrificio, porque uno es mejor por ello. Los sacrificios, con la intención de mejorar uno mismo, son básicamente egoístas. Están jugando causa y consecuencia para su propio beneficio. Aunque tales sacrificios son egoístas, no son

del todo malos. La mayor parte del mejoramiento humano, en este momento de la evolución, se logra por este medio. Es evolutivo, pero no es cristiano. Cristo introdujo una nueva clase de sacrificio.

El antiguo tipo de sacrificio se trata de uno mismo. El Ego, el foco del espíritu triple, es una idea, al igual que todas las otras ideas en la subdivisión abstracta del mundo del pensamiento. El factor que diferencia al Ego, como idea de todas las demás ideas, es que es una idea divinamente concebida acerca de la divinidad, un reflejo de Dios, el espíritu. Entre todas esas otras ideas, también está la idea de la ley. Los atributos de la divinidad triple son: voluntad, amor-sabiduría y acción. La ley de causa y consecuencia se llama principio de acción. El Ego, la acción y la ley están mutuamente relacionados. El Ego actúa. El Ego es conocido clásicamente como el Pensador. En la acción autoconsciente, incluido el sacrificio, uno siempre es más consciente de las consecuencias de las acciones y menos atento a las causas. Siempre hay un sentido de premio o recompensa en el sacrificio autoconsciente. Eso está bien, pero, como aspirantes místicos cristianos, nos duele el corazón por algo más que eso. Sufrimos por algo más allá del Ego.

“Amarás a tu prójimo como a ti mismo” es un pasaje digno de escrutinio cuidadoso, con respecto al Ego y al sacrificio. El amor propio es una definición de vanidad. Ciertamente uno no quiere amar al prójimo por vanidad. Debe haber una mejor interpretación de esta frase. Parece estar en la palabra “ti mismo”. Si uno lee “ti mismo” como “tú mismo”, la frase tiene un significado muy diferente, un significado cristiano. En esta interpretación, el prójimo se convierte no sólo en el objeto del amor, sino también en el Ego. Así, la oración se convierte en una excelente definición de altruismo. El altruismo es el amor del Espíritu de Vida, el hogar de Cristo. El Espíritu de Vida trasciende el mundo del pensamiento, trasciende la ley. El Espíritu de Vida es el Ser universal, a partir del cual se conciben el Ego, la ley y todos los demás principios e ideas. Sacrificios hechos por amor a Cristo, lleva a uno más allá de uno mismo: “mi carga es ligera”. El sacrificio cristiano es de otro mundo. No puede ser completamente comprendido por el mundo del Ego. Actuar por causa de Cristo, lo eleva a uno por encima de los problemas personales, e incluso de las consideraciones de la individualidad. Se puede argumentar que, incluso si uno actúa por causa de Cristo, los actos seguirán teniendo reacciones, consecuencias. Eso no se puede negar, PERO si uno está en Cristo, las evaluaciones de uno están en Cristo y no en el Ego; las consecuencias personales no son tan importantes. En tránsito hacia ese ideal, se anhela hacer cosas sin retorno, lo cual es imposible. Uno respeta sus propias responsabilidades, y ve y fortalece la belleza en todas las cosas, pero el corazón de uno está lleno de amor y para el otro, y uno no se conmueve ni siquiera por el orgullo positivo. Claramente, este es un ideal lejano. Queremos algo un poco más práctico para nuestras vidas

actuales a medida que crecemos hacia ese ideal. Nuestros Hermanos Mayores brindan un excelente ejemplo.

En un estudio serio de la astrología y el destino, uno se da cuenta de que tenemos mucha menos libertad de la que pensamos que tenemos. Nuestras vidas no están completamente determinadas, pero ciertamente tampoco son completamente libres. En algunas cosas pequeñas tenemos libertad, pero no tanto en las cosas grandes. Nuestros cónyuges, nuestros amigos, los eventos importantes, casi todos, están determinados antes de que llegemos a renacer. En muchas cosas desagradables, podemos tratar de minimizar el sufrimiento aprendiendo de las experiencias y sacándoles el máximo provecho. Seguirá siendo así, hasta que podamos descristalizar nuestras actitudes, que se han endurecido en el materialismo, y redimir nuestra carga del destino, regenerando el destino en positividad, a través de actividades creativas. Gradualmente, vida tras vida, nos dominamos a nosotros mismos, controlamos nuestro destino y nos volvemos más libres. Al hacerlo, percibimos un propósito en el Espíritu de Vida más allá del Ego, y anhelamos vivir con un propósito trascendente. Algunos anhelan ser desinteresados, un error. Eones de evolución bajo el cuidado de jerarquías divinas y creativas nos han ayudado a establecer nuestra identidad. Nuestra individualidad, y la autoconciencia de vigilia que trae a la creación, son una buena parte de nuestro servicio, y parte de nuestro propósito. Disolver la individualidad, si fuera posible, sería mucho más atroz que el suicidio. El reconocimiento de la perspectiva del Ego en la eternidad, es una especie de instinto de supervivencia en la eternidad. Conservamos y atesoramos nuestra perspectiva individual tanto como nuestra vida aquí en la tierra. Si no descuidamos la individualidad, y ciertamente no la destruimos, ¿qué hacemos? La mantenemos y la crecemos, con respeto por ella, y la entregamos al propósito de ella la encontramos en el Espíritu de Vida, a Cristo, sin abandonarla. Estas son palabras altisonantes, pero ¿qué significan?

Cuando sondeamos profundamente en nosotros mismos, encontramos en su vacío algo común a todos, una esencia del ser, una identidad que es la misma para todos. Es como si el yo fuera un remolino eterno, entre innumerables otros, en un océano de egoísmo, en un océano de propósito. En este océano, tratamos en vano de atraer materia manifiesta al vacío de nuestros remolinos para cumplir ese propósito. Tenemos responsabilidad en nuestro trabajo material, y estamos concentrados en nosotros mismos en nuestro trabajo, pero no hasta el punto de obstruir la pérdida de propósito. Estamos preocupados por nosotros mismos y nuestro trabajo. Lo dotamos de realidad independiente. Incluso nos identificamos con él, en lugar de

con la realidad mayor del Ego unificado, que algunos llaman el Yo Superior. Cuando hacemos esto, experimentamos personalmente los dolores y las penas de la pequeña vida. Estamos perdidos en la consolidación de nuestro vacío. Somos prisioneros de la ley y de nuestro destino. Sin embargo, a medida que disolvemos nuestro destino congelado y lo transmutamos en material del alma; a medida que transformamos los hechos en verdad, nos liberamos del apego y la personalización. No destruimos nuestra identidad, en realidad aclaramos e intensificamos su definición, PERO la vemos y la identificamos con la identidad. Trasladamos la atención del vacío, la nada necesaria, el remolino, a la plenitud del océano. Estas son, de nuevo, palabras que suenan elevadas, pero ¿qué significan en la realidad viva?

Estas palabras significan que vivimos la vida, y todo lo que hay en ella, voluntariamente. Llamamos libertad a la vida voluntaria, que es una habilidad para vivir. No dejamos de vivir, vivimos para el otro, para el todo, para el último otro, Cristo en el Espíritu de Vida, no un estado irreal, sino un estado de mayor realidad, una existencia más auténtica. Algunos piensan, erróneamente, que tal estado es dichoso y libre de dolor y tristeza, y buscan vivir exclusivamente en dicha. Bienaventuranza ciertamente hay, pero no exclusivamente. La realidad es que todo, incluso el dolor y la pena, se vivifica. El dolor y la agonía que experimenta Cristo al traer amor para redimirnos, no es imaginario, aunque la magnitud de su realidad es incomprensible para nuestra conciencia actual. Evoca una compasión inestimable. Es como la compasión que uno siente por un borracho, que está causando estragos en sí mismo y en los demás, sin saberlo, es lamentable. La diferencia está en la magnitud. La compasión que Cristo siente por nuestra autolesión ignorante es muchas veces mayor que la que sentimos por un borracho o un lunático que actúa en la ignorancia.

La vida de Cristo no es una vida pasiva, es altamente activa. Es una vida de entrega, entrega voluntaria de sí mismo en la mismidad; un dar de vida, vida del Espíritu de Vida. Es dar amor, no la emoción del amor en el mundo del deseo, sino un amor más allá de las palabras. Este gran dar es atractivo, en una atracción que es una octava más alta del principio de atracción en el mundo del deseo. El amor de Cristo atrae al Espíritu de Vida la sustancia del alma de nuestros pecados, donde se transmutan en espíritu. Ciertamente no podemos experimentar la vida plena de Cristo en nuestro estado actual, pero podemos emularla lo mejor que podamos. De hecho, se nos ordena que lo hagamos. Sin embargo, sólo podemos hacerlo en la medida en que seamos libres. Ya sea que suframos o nos regocijemos, lo

experimentamos en nuestro propio destino, bajo la ley. Nos tambaleamos bajo la carga del destino no redimido, y embotamos e inhibimos nuestras capacidades divinas, pero obtenemos destellos de luz.

Tenemos los ejemplos resplandecientes de nuestros Hermanos Mayores para mostrarnos el camino. Ellos pueden hacer lo que nosotros todavía no podemos hacer. Sus obras son más que los milagros mágicos de Saint Germain y otros magos. Su mayor obra es la transmutación del más alto orden, que sólo puede realizarse en libertad. Ellos, al amar a la manera de Cristo, atraen a su ser interior nuestros pensamientos y deseos repugnantes y no regenerados. Estos los transmutan y transforman en cosas positivas, nacidas del mismo principio, en la raíz de los pecados. Esta actividad limpia y enriquece la atmósfera psíquica de la tierra, facilitando el avance de todos. Su sacrificio es absorber un enorme sufrimiento, con el fin de mejorar para todos. El martirio sacrificial, el verdadero martirio.

El Cristo bíblico nos dice que seremos perseguidos por causa de su nombre. En las bienaventuranzas se nos dice que somos bienaventurados cuando somos insultados falsamente por su causa. Somos especialmente bendecidos cuando soportamos el sufrimiento, no como parte de nuestro destino autogenerado, sino en la libertad en Cristo; en la vida del Espíritu de Vida. Al hacer esto, la consecuencia de los actos, nacida en el sufrimiento voluntario, es relativamente poco importante, el amor y la vida nueva. Es relativamente fácil aprender a aceptar el sufrimiento de nuestra propia causalidad; no es tan fácil sufrir cuando no se debe por causa y consecuencia, sino que se asume por el bien de los demás. Cuando podemos hacer esto, el gozo espiritual supera al sufrimiento, pero solo podemos experimentarlo cuando no es por nuestro propio bien. La meta del auténtico martirio es la vida, no la muerte. Los actos de amor ante el sufrimiento no son suicidio, no son masoquismo; son gestos en libertad, en nueva VIDA.

Quizás Kirillov no estaba tan lejos de la verdad después de todo.